

La vetusta calle Magdalena

Alberto Eceiza Michel

MIRANDO HACIA
ATRAS...

De sobra saben, los que se interesan por estas cosas, que Rentería surgió de la Edad Media con murallas contorneando una especie de promontorio unido a "tierra firme" por Calle Arriba, donde los torreones de Morrontxo y Torrekua defendían la "Puerta de Navarra", la más vulnerable por su situación terrestre.

Estas murallas abrigaban las "siete calles madres" renterianas: las de Arriba, Iglesia, Del Medio y De Abajo; desembocantes en la Plaza del Ayuntamiento y de la cual nacían las otras tres: las de Capitanenea, de Santa María y Sanchoenea que, con la citada De Abajo, tenían por foso defensivo el agua del mar. De la Plaza partían dos ramales perpendiculares a las citadas vías: uno hacia la ahora Alameda y el otro hacia el "arrabal de la Magdalena".

Si queremos imaginarnos aquel Rentería, recordemos que las aguas del mar cubrían los lugares en que hoy se asientan los depósitos construidos por la CAMPSA, la vega de Iztieta, la calle Viteri, la Alameda, las Casas Nuevas, la Plaza de los Fueros... y aún se colaban por un portillo entre los montes de Morronguilleta y Arramendi (situado, poco más o menos, a la entrada de la calle María de Lezo por la Plaza de los Fueros) para cubrir los terrenos ocupados por la Esmaltería, la Lanera y parte del barrio de Pontika. Las famosas inundaciones de 1933 delimitaron, claramente, lo que fue aquel Rentería del siglo XVI.

Fuera de las murallas (que no libraron a la Villa de los asaltos franceses de 1476, de 1512 y menos aún del de las huestes del Príncipe de Condé, en 1613, que casi la arrasaron totalmente); existían los arrabales de Santa Clara y de la Magdalena.



El "no mas land" de los "magdaleneros" de los años veinte. (Puente del ferrocarril de Arditurri en Pontika, sobre la carretera a Zamalbide).

EL ARRABAL DE LA
MAGDALENA

Las murallas, restos de las cuales se aprecian en los bajos de las casas de Calle Arriba que dan hacia la estación del "Topo", tenían una puerta de acceso al magdalenero arrabal, poseedor, entonces, de afamados astilleros. Como todas las puertas de recinto amurallado, tendría sus baluartes y quizá un puente levadizo sobre el arroyo de Gaztaño que desembocaba precisamente allí. Este arroyo servía de foso a las murallas de Calle Arriba, desde las cuales al río pina cuesta dificultaba la escalada.

Hoy esta vía de agua es simple alcantarilla, pero yo la conocí al aire libre.

Su primer soterramiento se efectuó cuando la desecación del contorno marino hizo desaparecer los muelles sitios en lo que ahora es Plaza de los Fueros y puso en seco el paso al arrabal de la Magdalena, convirtiendo al arroyo en alcantarilla. El segundo, cuando construyeron los talleres y la estación del "Topo", allá por el 1910. En mis años infantiles surgía de un túnel que, desde Gaztaño y por debajo de las vías, venía a desembocar en la vaguada-foso. Junto al arroyo estaba un caserío y unas huertas adyacentes. Poco le duraba su disfrute al sol. Al llegar a la calle Magdalena volvía a su viejo subterranismo bajo una especie de andén sobre el cual se alineaban la carnicería de la Clementina, el "Leku-zarra" de los Salaverría (para nosotros, "Taberna de la Jesusa") y, al final, la tienda paraguera de Urkia.

Una fuente –de la cual procede ese muchachito con un pez que orna la de la Alameda– ya estaba fuera de la plataforma a la que se ascendía por tres escalones.

El arroyo agotaba su libertad como vergonzoso vertedero de unos urinarios públicos al pie de la “cuesta de la Estación” (hoy calle de Pablo Iglesias) entonces desprovista de edificaciones, salvo según se subía a la izquierda y muy arriba, la que cobijaba a la escuela de Doña Rosa. Más tarde se construyó el “Batzoki”, donde tenía su local el “Euskalduna”, el equipo de fútbol de más categoría en la localidad por aquellos años.

Volviendo a lo nuestro, ignoro cuándo la calle dejó de ser arrabal. Quizá conste en el Archivo Municipal. Lo que está claro es que su nombre deriva de la ermita homónima, posiblemente el edificio religioso más antiguo de nuestra vieja Villa, ya que en 1547 fue reparado “por su mal estado”, lo que sugiere que ya era vetusto entonces. Como referencia, recordemos que la iglesia parroquial fue terminada en 1573 (sin la portada ni torre actuales). Inicialmente hospital de leprosos para toda la comarca, en 1604 dejó de serlo por carencia de enfermos. En 1718 fue reparado otra vez y en 1732 prácticamente reconstruido para poder celebrar las misas “decorosamente”.

Pero una ermita, por sí sola, no constituye un arrabal. Este nombre sugiere edificaciones, adyacentes o por las cercanías, sobre esta ladera del Arramendi que se bañaba en el mar.

Quizá yo alcancé a ver algunas de aquéllas. Recuerdo un destartado caserón –en el lugar del edificio que ostenta el número quince– en cuyos bajos se curtían pieles en grandes pilas llenas de salmuera. Antes de llegar a esta construcción, un solar virgen nos servía de campo de fútbol (si no andaban cerca el “Chato” o el “Negro”, dos temibles alguaciles que nos rajaban los balones de goma). Más hacia la ermita estaba el caserío de los Urigoitia, al que seguía, unos veinte o treinta metros más allá, el de Urbieta, entonces habitado por la familia Etxegoien. A estas casas se accedía por un camino paralelo a la calle, a unos diez o doce metros de ella, pero a un nivel más alto en unos tres o cuatro metros, antiguamente, quizá, el camino al arrabal de antaño. Luego sirvió para llegar a la fábrica de paraguas más tarde convertida en de cafeteras...

Tapando estas antiquísimas construcciones se edificaron las que hoy conforman la calle en sus números nones. Enfrente, en los pares, no existían edificaciones en los viejos tiempos, ya que era pura marisma, pero en mi infancia, algunas de las que ahora existen sustituyen a las que conocí en lastimoso estado por su vetustez. Incluso la “Casa Xenpelar”, pese a estar construida de piedra sillar, estaba prácticamente en ruinas.

LA CALLE DE LOS AÑOS VEINTE

En las líneas anteriores mencioné algunas facetas de la calle de aquellos años, pero ¡¡hay tantas!! En mis parvularios días, la calle terminaba en la ermita, al otro lado de la cual, en la ladera del Arramendi, no había más que monte y huertas hasta los alrededores de “Pekín”. No así enfrente, donde se elevaban edificios desde enfrente de la ermita hasta la “Lanera”. Antes de construirse esta “Fabrill Lanera”, inaugurada en 1899, por detrás de esas casas las aguas llegaban hasta Pontika y con ellas barcasas con pescado para la venta. Esto lo conoció mi padre, pero yo no. Las barcasas llegaban hasta allí, por lo que ahora es la calle María de Lezo, entonces entrada de mar o salida del riachuelo de Pekín. Por algo llamábamos a esta calle “Atzeko-atea” (Puerta Trasera). Este entrante marino desapareció definitivamente cuando se construyó

el terraplén sobre el que discurren las vías del “Topo”, ferrocarril inaugurado en 1912. En los veinte aún era posible bañarse en los solares existentes detrás de las casas antes citadas, entre dicho terraplén y “La Lanera”, cuando las mareas vivas los cubrían con sus cristalinas aguas. ¡¡Era una delicia nadar sobre la hierba...!!

De la “Atzeko-atea” recuerdo un hermoso lavadero público sito justamente detrás de donde hoy está el edificio del Salón Victoria. Se encontraba abrigado por una arboleda, en suave pendiente que llevaba a Morrunguilleta. Luego se construyó la Esmaltería y el lavadero desapareció.

Volviendo a la calle Magdalena, ésta se empedró por primera vez en 1922. Hasta entonces tuvo un suelo de tierra apisonada. Al empedrarla, la hicieron sonora, ya que los carros con que algunas baserritarras bajaban sus productos al Mercado –las más lo hacían en borriquillos– tenían ruedas guarnecidas con aros de metal que traqueteaban sobre los adoquines. Ninguno sonaba igual. Así sabíamos, sin verlos, que los carros que nos despertaban por la mañana tempranito eran o el de la “María” o el del “Droguero”...

UNA CALLE MUY VIVA

Sabido es que toda faceta histórica tiene una determinada atmósfera mental y emocional, y la de la infancia es la más emocional de todas. Por ello, recordar los días de mi niñez, allá por los años veinte, es, emotivamente, agridulce. ¡¡Tantos de mis entrañables amigos de entonces se han ido ya!!

Pero, dejándonos de recuerdos amargos veamos algunos de los otros. Lo primero que asaltaba nuestras pituitarias eran dos olores, el nauseabundo de las pieles en salmuera y el del café tostándose en los esféricos bombos de Inciñarte. En aquella época el café se importaba crudo y sus blanquecinos granos se convertían en azabachados y aromáticos en los mismos establecimientos que los importaban y que, con razón, se llamaban de “ultramarcos”.

Recuerdo también la llegada de camiones cargados de uva con destino a la taberna de Benjamín, quien procuraba –no sé dónde– que dicha fruta se convirtiese en vino. Durante el trasiego del camión al almacén siempre se “perdía” algún hermoso racimo para alegrar a la chavalería.

También era distractivo el trasvase de la “zizarra” desde los carros-cuba en que bajaba de los caseríos a la sidrería de Perico. Como entonces las bombas eran de lujo, esta operación se efectuaba a base de grandes latas de hojalata, de unos veinte litros y con un taco de madera dispuesto de lado a lado de su mitad superior y que, a la par que daba firmeza al recipiente, servía de agarradero. La “zizarra” se vendía a diez céntimos el botellón de dos litros y medio. Casi todas las casas disponían de una botella de éstas, precisamente para este uso. Y la verdad, era una bebida dorada, fresca y dulce que “pirraba” a los chavales.

Esto refleja la simplicidad de aquel tiempo. Lo que se bebía y comía eran productos puros, sin conservantes ni colorantes. Todo se compraba a granel: por litros, medios litros, cuartillos, onzas, libras... El aceite era puro de oliva. Nadie había oído hablar de otros aceites que no fueran los de engrasar máquinas. Y se adquiría según las necesidades semanales de las casas así como las alubias, garbanzos, azúcar... Diariamente se compraba el pan, el vino o la sidra. Esto demuestra economías poco boyantes. Toda esa gama de frascos, latas y envoltorios de plástico que ahora se esti-

lan, entonces sólo se limitaban a contados productos vegetales y marinos. El plástico ni se había inventado.

Ello redundaba en beneficio del Ayuntamiento, carente de los problemas que le producen los desechos domésticos actuales. Porque, además, en todos los hogares se disponía de las llamadas "cocinas económicas", sólidos artefactos fabricados en las Fundiciones Markeze, en el mismo Rentería, y que tenían a un lado un profundo depósito para mantener el agua caliente, cubierto por una brillante tapa de latón y tres "chapas" concéntricas de hierro fundido sobre el fogón. En estas cocinas se incineraba todo desecho quemable. Así, cuando pasaba el carro de la basura –un carro de madera, más bien pequeño, con tapas, tirado por un mulo y provisto de oscilante campanilla con que avisaba de su paso a las vecinas– lo que éstas bajaban al mismo en sus calderos o cajas era pura ceniza, una vez vaciada la cual aquellos recipientes volvían a casa. Latas y botellas eran raras. El carro seguía su camino a descargar en "zakarras", lugar sito más adelante, no mucho, de la fábrica de "Pekín".

De no haber sustituido, con las de butano, aquellas cocinas, esos plásticos, hoy plaga de todos los municipios, hubieran dejado de serlo ya que no hubieran podido con aquellos "económicos" fogones.

Los productos precocinados, señores de los actuales comercios, eran, entonces, alimentos puestos a remojo en las mismas tiendas, la víspera o antes, para ayudar a las amas de casa trabajadoras o despistadas. Los garbanzos, alubias viejas, y trufas de "La Maña" eran afamados. Esta tenía su puesto en el Mercado, casi junto a la puerta de la izquierda, de las dos enormes que daban a la calle Magdalena. (El mercado, entonces, estaba donde ahora los jardincillos de la Plaza de los Fueros).

Y por ser todo más natural, las carnicerías y charcuterías competían en elaborar los mejores "patés", salchichas, "txistorras" y morcillas. Y digo elaborar, puesto que los fabricaban ellos mismos.

Pero esto es disgregar y salirnos de la calle aunque consideramos al Mercado como parte de la misma, ya que a ella daba su fachada principal. Una muestra típica de los comercios de aquella época era el de Ayerbe donde, desde cencerros hasta guadañas, se podía adquirir todo lo necesario para la vida en el campo, al par que se tomaba un "txikito" en su largo mostrador, al estilo de los del Oeste americano mostrado por nuestras películas preferidas.

Y todo esto se pagaba con pesetas dignas de tal nombre. Yo conocí y usé monedas de un céntimo, acuñadas en cobre, que incluso eran mayores que las de peseta últimamente aparecidas. Eran muchos los productos que se podían adquirir con monedas de cinco y diez céntimos (que quizá por influencia gascona llamábamos "suses") también de cobre. Más tarde surgieron los cupro-

niques de real, con su agujero en el centro y bastante mayores que las monedas de veinticinco pesetas, también con su agujerito, hoy en uso. Y no comparemos su potencia adquisitiva: aquellos reales equivalían a, por lo menos, cincuenta pesetas de las de hoy.

Dirigiendo la vista a otras facetas, teníamos en la calle, esencialmente poblada por obreros y pequeños comerciantes, una amplia gama de actividades. Disponíamos desde fabricante de ataúdes (por cierto, se decía que Agustín "el Tuerto", su fabricante, echaba la siesta en uno de ellos, acolchado) hasta adivinatoras.

Recuerdo nítidamente a Enrique, el carbonero, bregando con su recalcitrante mula reacia a entrar entre las barras del carro de reparto; a Patxiku, el peluquero, y su brillante bacía de latón colgando a la puerta al modo cervantino; a Antxón, el transportista, que comenzó sus servicios con un carro de bueyes cambiado, después, por un chato camión U.S.A. de ruedas con macizos neumáticos. Luego le seguirían en esta gama transporteril los Bengoetxea y los Aduz.

Peculiaridad de la calle era el cuartel de la Guardia Civil –ahora Biblioteca Municipal–.

Aquella Guardia Civil era más bien rural, ya que se dedicaba a recorrer los alrededores montada a caballo. Ver el aseo de estos, para nosotros, fabulosos animales nos transportaba al Far West que el cine On-Bide nos mostraba todos los domingos por la tarde.

Enfrente mismo del cuartel moraba Salvador Camacho quien, con Marcelo Bengoetxea "Zorrotz", se encargaba de organizar las fiestas de la calle, las cuales poco tenían que envidiar a las patronales, tanto por la variedad de sus festejos como por el extraordinario bullicio en que se desenvolvían durante los tres o cuatro días que duraban. Incluso en la Infraoctava del Corpus, la Banda Municipal de Música amenizaba la noche con trepidantes bailables.

Era, sí, una calle con mucha vida y los niños nos sentíamos a nuestras anchas en ella ya que, después de las tediosas horas de escuela, disponíamos del "casco" de Arramendi y del bosquecillo de "zakarras" –ocupado luego por los nuevos pabellones de "Pekín"– para desfogar nuestros ardores. Así, cuando los celadores municipales recorrían la calle, ésta les parecía un remanso de paz...

Pero, bien sabe Dios que distábamos de ser unos benditos porque...

Hay muchas más cosas en mis recuerdos, mas la revista no es sólo para mis plumíferas líneas... así que...



Foto: Jesús Hozgaján